

Agar y Lena. Sobre el agnosticismo

Maia Losch Blank.



*“Antes de juzgar a una persona, camina tres lunas con sus mocasines”
(Proverbio indio)*

La puerta se abrió de golpe, dejando ver la figura de Lena ingresando en el cuarto de Agar, haciendo demasiado ruido para lo que era su apacible y habitual comportamiento, silencioso incluso por demás en ocasiones. Su entrada sorprendió a Agar, que estudiaba para un examen que debía rendir en un par de semanas pues no se había presentado en la primera oportunidad como el resto de sus compañeros de curso.

El cuarto estaba iluminado por un pequeña lámpara que se encontraba sobre un escritorio blanco, ubicado a la derecha de la puerta de entrada. Varios libros y cuadernos abiertos cubrían su superficie. En escuadra con el escritorio estaba la cama sin tender. A los pies de la cama una cómoda, con una pata rota, hacía equilibrio sobre dos gruesos libros de biología. Sobre la cómoda, el televisor encendido sin volumen, transmitía un partido de voleibol femenino al que nadie prestaba atención. A su costado, entre la cómoda y el armario (rosado aún), había varias prendas de vestir tiradas sobre una vieja silla de madera clara. Una hilera con tres pares de zapatos marcaban un camino a ningún lado sobre por el piso alfombrado.

- ¿Muy concentrada? -preguntó Lena al ver la súbita reacción de Agar al verla entrar.
- ¿Qué haces aquí a esta hora? Me asustaste, no te esperaba.
- Necesito hablar.
- Es que estoy estudiando -dijo Agar en tono de disculpa-. Y estoy muy atrasada.

- Mi madre está en crisis otra vez -dijo Lena, haciendo caso omiso a la respuesta de Agar e instalándose en la cama. Tomó una de las dos almohadas, la apretó contra su pecho y hundió allí su cabeza un instante. Luego la levantó y la apoyó contra la pared. Miró hacia el techo y resopló, aguardando.

- Está bien, te escucho -dijo Agar. Sin cerrar los libros, giró la silla y apoyó los pies sobre el borde de la cama, donde se encontraba Lena.

- No quiere levantarse de la cama, dice que está cansada de la vida, que nada tiene sentido, que es una mala madre y blablablabla; lo de siempre. No quiere ver a nadie. Mi padre salió a dar una vuelta, como suele hacer cuando las cosas lo superan. Martín se encerró en su cuarto a tocar la batería y yo... yo me vine para aquí.

- O sea que ahora está sola...

- Sí. Ya no lo soporto, a veces quisiera que todo esto termine... ya sabes...

- No digas eso, no sabes lo que dices.

- ¿Qué se siente, Agar? -preguntó Lena, mirándola a los ojos por primera vez desde su llegada- ¿Qué se siente no tener madre?

- No sé qué se siente tener una. ¿Con qué podría compararlo? Ni siquiera tengo la posibilidad de sentir la angustia de que su voz y su rostro se me hayan ido borrando, mamá se fue antes que mi memoria fuese capaz de retenerla.

Agar se levantó y, sin más, salió. Lena, acostumbrada a estas actitudes repentinas por su parte,

no preguntó a dónde iba y se remitió a esperar. Lo dicho y lo no dicho le retumbaba en la cabeza. A los diez minutos volvió Agar, con una barra de chocolate.

- Por suerte el kiosco estaba abierto -dijo. Sin quitar el papel, partió la tableta al medio y le acercó una mitad a Lena.
- Es demasiado -dijo Lena.
- No sé por qué, pero presiento que no lo será -comentó Agar, parada frente a Lena y estirando la mano para que aquella se decidiera a tomar la parte que le correspondía.
- ¿Con almendras? -preguntó Lena al ver el envoltorio. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.
- Por supuesto. Como a ti te gusta -contestó Agar entregándole su ración, satisfecha de sí misma por haber logrado hacerla sonreír- ¿Cuánto hace que comenzó tu madre con las crisis? -continuó, mientras se acercaba a su silla-

Lena seguía en la cama pero ahora en posición india, enfrentado su cuerpo al de Agar y con los zapatos aún puestos.

- La historia de la depresión de mi mamá comienza con el origen del Universo.
- No seas exagerada.
- Es lo que siento. Ya no sé si es que los problemas reales de mi madre la llevan a la depresión o si es la depresión la que le hace ver problemas donde no los hay... estoy cansada de este asunto. Supongo que ella también, aunque a veces parece que los beneficios que recibe son mayores que el dolor que le produce; es como si se esforzara por mantenerse a la deriva y así mantenernos en estado de continua alerta. No digo que lo haga a propósito pero...
- ¿Qué dice el médico? -la interrumpió Agar.

- Que hay que tenerle paciencia. La cuestión es que es como el cuento de Pablo y el lobo, un día va a estar mal en serio y vamos a estar tan agotados que no acudiremos a su llamado de atención; y quién sabe lo que puede ocurrir. Muchas veces me pregunté por qué, qué fue lo que la llevó a tener estas crisis, que tal vez exista algo que yo no sepa, que nunca me contaron; pero con el tiempo sentí que cuestionarme todo esto es como preguntarme si Dios existe, soy totalmente agnóstica al respecto.
- Es Pedro y el lobo, no Pablo y el lobo, tonta -la corrigió Agar tiernamente.
- Ah -dijo Lena-. Me da lo mismo, por mí podría ser Caperucita y el lobo. Lo importante es el lobo en estos casos ¿no?

Se miraron. Tal vez Lena esperaba respuesta a una pregunta no formulada; suele ocurrir. Agar, por su parte, buscaba la palabra mágica que bore toda pena y no la encontró, cosa que también ocurre con asiduidad.

- Quisiera saber qué decirte... -dijo.
- Lo sé. No sé qué haría sin ti.
- Probablemente comerías menos chocolate.
- Y tú estudiarías más -dijo Lena, y se levantó-. ¿Me acompañas a casa?
- Sólo si me prometes algo.
- Lo que tú quieras.
- Que si algún día estoy así de triste, como tu madre, no me dejarás sola -pidió Agar.
- Sólo si tú me prometes algo a mí -pidió Lena.
- Dime.
- Que si algún día estás así de triste como mi mamá, no me apartarás tú también de tu lado.

Contacto

Maia Losch Blank • maiablank@gmail.com

Nacida en Uruguay, desde hace 15 años reside en Israel desde donde publica el blog "Errante y errata" (<http://maialoschblank.wordpress.com>).